

EN EL XXXV ANIVERSARIO DE ALONSO-GISELLE

UN COMENTARIO

ANN BARZEL

ALICIA-GISELLE. Estas dos palabras en las carteleras de La Habana eran suficientes. Ambos nombres van juntos. Alicia Alonso en el ballet Giselle es un hecho en La Habana, como lo es en cualquier lugar donde se conozca el ballet clásico, rebido al lugar de honor que ocupa en la historia de la danza.

El 2 de noviembre de 1978 marcó el 35 aniversario de la primera aparición de Alicia Alonso en Giselle. El 2 de noviembre de 1943 fue su debut en el papel en el Metropolitan Opera House de Nueva York, acompañada por Anton Dolin. El público y la prensa aclamaron a la nueva Giselle, quien con los años se ha crecido en el papel, y lo ha enriquecido.

En realidad las experiencias de Alicia Alonso en el ballet Giselle comenzaron en noviembre de 1940 cuando era bailarina del Ballet Theatre, la primera compañía con la que bailó. Representó a una de las seis amigas de Giselle en el primer acto. La compañía bailaba en el Opera House de Chicago y la bella bailarina Nana Gollner interpretada Giselle acompañada por Anton Dolin. Como uno de los miembros más nuevos de la compañía, Alicia Alonso, una mozueta, ya estaba siendo reconocida, puesto que ser una de ese grupo de seis muchachas especiales era un paso de avance sobre el cuerpo de baile. Y fue el director artístico Dolin, más tarde su primer Albrecht, quien percibió su talento. Fue en una actuación que Alicia Alonso, como una de las wilis, experimentó por primera vez los sentimientos de una muchacha fantasma, una criatura sobrenatural que sería una parte tan importante de su carrera artística.

De una de las amigas de Giselle a Giselle, de una del grupo de las wilis a la figura central del segundo acto —pocos bailarines logran ese avance en tan poco tiempo. Pero es importante señalar al escribir la carrera de esta estrella del ballet que este período de tres años fue crucial, no sólo para que Alicia Alonso desarrollara su propio concepto de Giselle, sino que le brindó un conocimiento de la obra completa y de su estructura interna. Estas experiencias la ayudaron a moldear el emotivo ballet maravillosamente lógico, que ha montado para el Ballet Nacional de Cuba.

Durante años he visto a Alicia Alonso bailar Giselle muchas veces, con diferentes acompañantes y en mil-

tiples producciones. Estuvo Anton Dolin, un gran maestro que condujo cuidadosamente a la joven hacia la maestría. Estuvo Igor Youkevitch, con el cual, a través de muchas temporadas junto a él, alcanzó una armonía especial. En estos dos artistas se percibía el desarrollo de una creciente comprensión del drama y se observaba un creciente dominio de la técnica. La gracia pura y los logros físicos de la pareja Alonso-Youkevitch eran deslumbrantes. Después hubo actuaciones aisladas con Erik Bruhm donde el refinamiento llegó a un punto culminante. Royes Fernández apareció a menudo con Alicia Alonso en Giselle, especialmente en giras por Sudamérica.

Durante los primeros años, cuando Alicia estructuraba el Ballet Nacional de Cuba, Azari Plisetski fue el Albrecht para la Giselle de la Alonso, apareciendo con ella en Cuba y en el extranjero.

El gran sueño de la Alonso fue establecer una compañía verdaderamente cubana, lo cual ahora es un hecho. Jorge Esquivel, totalmente entrenado en esa compañía, es un ejemplo de la realidad de ese sueño. Su habilidad fue reconocida y desarrollada. Dándosele al principio oportunidad para que acompañara a Alicia Alonso en obras pequeñas, ya ha alcanzado el papel de Albrecht. Actulmente ejecuta su personaje con gran brillantez y tiene evidente afinidad con la Alonso. La armonía entre estos dos cubanos es uno de los deleites de su gran Giselle.

En su interpretación de Giselle, Alicia ofrece nuevos matices que nunca antes fueron mostrados. Hay detalles de buen teatro que solamente un artista o director excelente percibirán. Está la timidez de la campesina que se torna vehementemente comunicativa bajo el estímulo de la seguridad del amor. Está la compasión humana que invoca la frágil joven angustiada y enloquecida. Y están los delicados detalles de técnica meticulosa añadidos al veloz virtuosismo que regocija y crea el ambiente sobrenatural del segundo acto.

Pero la Giselle de la Alonso no es meramente un punto en la carrera de una estrella. Todo el ballet está montado con una profunda comprensión de la obra en conjunto. Los personajes de Albrecht, Hilarión y Bathilde están modelados con una visión de los valores humanos y técnicos. Todos los bailarines en el primer acto son personas reales, y cada uno de ellos reacciona y baila individualmente. La Giselle cubana, dirigida por la Alonso, ha eliminado esos adornos frecuentes del primer acto, el llamado "pas de deux campesino". (Esta fue una enmienda ideada por Petipá para presentar a una pareja de bailarines favoritos. Esta pareja se-

cundaria disminuye la singularidad de la pareja principal y la Alonso la omite sabiamente. Sin embargo, sí enaltece el primer acto con diez bailarines virtuosos en un entretenimiento clásico, que bailan con el corazón para entretener a la aristocrática partida de caza. Sin lugar a dudas, las wílis del segundo acto de la producción del Ballet Nacional de Cuba son las mejores del ballet contemporáneo. Los diseños coreográficos son bellos y la habilidad y limpieza técnica de los bailarines bien entrenados es espectacular. Estas muchachas-fantasmas amenazan a los hombres intrusos como en ninguna otra representación —generalmente las wílis son solamente espíritus remotos. Mirta, la Reina de las wílis, y el reconocido material danzario de las dos principales corifeas evidencian su supraterritorialidad.

El 2 de noviembre de 1978 se alcanzó un hito en Alicia-Giselle en el Teatro García Lorca de La Habana. To-

dos los elementos anteriormente mencionados se unieron en una producción magnífica —Alicia Alonso, una Giselle exquisita y emocionante; Esquivel un Albrecht vigoroso y después lleno de remordimientos; los personajes menores y el cuerpo de ballet impresionantes. Y en el teatro un público apreciativo que incluyó al jefe de Estado, Fidel Castro, encabezando los aplausos. Con los últimos llamados a cortina vinieron no solamente las flores, sino también tres de los antiguos Albrecht de Alicia Alonso: Youskevitch, Plisetski y finalmente Dolin portando una corona de laureles para colocársela a Alicia-Giselle. Desde encima del proscenio cayó una lluvia de pétalos, y mientras que la histórica Giselle se arrodillaba agradecida, su actual Albrecht, Jorge Esquivel, recogió un grupo de pétalos y los dejó caer suavemente sobre su Giselle. Este acontecimiento fue realmente un capítulo en la historia del ballet.

SALUDOS DE SU PRIMER ALBRECHT

ANTON DOLIN

Hace treinta y cinco años no parecía probable que aquella primera actuación en Nueva York, en el Metropolitan Opera House, fuera a ser un milagro. Usted, mi querida, gran Alicia, estaba realizando ese milagro irreplicable. Yo esa su primer "Albrecht", al igual que Olga Spessítseva fue mi primera Giselle en Londres, en 1932.

Otras dos ilustres figuras en la historia de este inmortal ballet, Alicia Márkova e Ivette Chauviré, fueron también mis Giselle. La bailarina francesa fue la última con quien lo bailé, igualmente en Londres en 1959. La hicieron Carlota Grisi, Anna Pávlova, Tamara Karsávina, Olga Spessítseva, Galina Ulánova, Alicia Márkova, Ivette Chauviré, Carla Fracci y otras.

Alicia Alonso la sigue haciendo aún. Eternamente joven su técnica, indestructible su personalidad, es ella realmente el milagro de nuestra época.

¡Yo la saludo, entrañable artista, beso sus manos, sus pies adorables!

Me siento feliz y muy orgulloso de estar junto a usted en esta espléndida ocasión. Y aprecio al gran partenaire que está a su lado.

Con todo mi cariño, devoción y admiración.

La Habana, Cuba, 2 de noviembre de 1978.

Hoy es día de Giselle en esta ciudad fascinante. Se pueden producir acontecimientos políticos en todo el mundo, pero ciertamente un pensamiento gravita sobre y reside en, las mentes de miles de personas en sus hogares o en sus trabajos. Es el día de la más alta figura de la danza en Cuba. Una persona sin igual, un vivo

monumento nacional de juventud, belleza y vigor; un milagro de esta era. La Dama Alicia Alonso.

El 2 de noviembre de 1943 ella bailó su primera Giselle en el Metropolitan Opera House. Sustituía a Alicia Márkova quien se hallaba enferma y no bailarían por el resto de la temporada de aquella compañía del Ballet Theatre. Naturalmente, una gran parte del público estaba decepcionado. Dispuse de mucho tiempo para ensayar su papel, uno de los más exigentes del repertorio de los ballets románticos. Sus solos, los largos sostenidos, el adagio juntos del segundo acto, y tantos otros detalles que ya desde entonces Alonso nunca perdió de vista y perfeccionó con precisión cronométrica.

Era un debut ansiosamente esperado y ¡qué debut!

La más arrolladora y compensadora noche de triunfo total. Un orgulloso Albrecht la condujo a que la aclamaran con aplausos, vitores y finalmente una ovación de pie. Tengo buena memoria. En lo que pudo ser la última llamada, yo la llevé y su mano temblaba en la mía. La dejé sola en el escenario para que recibiera el tributo de un público que había sido ampliamente recompensado por la ausencia de la gran Márkova con la presencia de la ya entonces igualmente grandiosa Alonso.

Los años han pasado, Alicia le ha aportado más polvo áureo, más brillo al papel que tanto ella ama y por el que siempre será recordada: Giselle.

Al escribir estas palabras estamos a 2/XI/78. Faltan menos de tres horas para que empiece la función. Treinta y cinco años después, aquí en La Habana, en el Teatro García Lorca, a las 8:30 p.m. aproximadamente, la indestructible Giselle de nuestra época, en el personaje del milagro, es decir, Alicia Alonso, nos entregará su magia, su belleza cubana, su técnica y el arte que le es tan personal.

Ahora es ocho horas más tarde. Tamara Karsávina llamaba a Giselle siempre "su sagrado ballet". Permítaseme ahora por favor citar a la Sagrada Biblia: "Y como vino pasará".

Todas esas palabras que escribí hace horas, vinieron y pasaron. La noche fue completamente mágica, realizada por una hechicera genial que lanzó sus sortilegios bailando cual divinidad, sobre su público adorador, sobre sus devotos amigos, sobre sus tres antiguos Albrecht: Anton Dolin, Igor Youskevitch, Azari Plisetski; y sobre un gran hombre de por sí: Fidel Castro.

UNA CARTA

WALTER TERRY

La Habana, noviembre de 1978, fecha histórica del ballet.

En 1681, en París, la primera ballerina que el mundo conoció, La Fontaine, fue proclamada "La reina de la Danza". El pasado 2 de noviembre, casi tres siglos más tarde, otro merecido tributo fue concedido cuando Anton Dolin colocó una corona de laureles, sobre tu frente, proclamándote "La reina de la Danza", y esa corona te pertenece no sólo a ti sino también a todos tus discípulos en la danza, al Ballet Nacional de Cuba.



Giselle, segundo acto, con Alicia Alonso, Aurora Bosch (Reina de las Wilis) y Jorge Esquivel. (Fotos: Tonatiuh G., México D.F.).

Pág. siguiente, arriba: concluida la histórica función de Giselle del 2 de noviembre de 1978. Anton Dolin —su primer Albrecht— cedió a Alicia Alonso una corona de laureles. (Foto: Ramiro M.).

Abajo: el Comandante en Jefe Fidel Castro saluda a la Alonso en la escena del Teatro García Lorca. Aparecen, entre otros, Azari Plisetski, Dolin y Gades. (Foto: J. Battle).

Escena del primer acto: Alicia Alonso (Giselle), Jorge Esquivel (Albrecht) y el español Antonio Gades (Hilarión). (Foto: Frank Alvarez).

